





LA PRIMAVERA VEZ
JAVIER AGUIRRE

Prólogo de
Aramís Quintero





Prólogo

¿A qué viene, hoy en día, un libro de sonetos como este? Tal pregunta, que parece cargada de desdén y ánimo de burla, sólo esperaría, probablemente, una de dos respuestas posibles. La primera: semejante libro viene a dar rienda suelta a la añoranza de otros tiempos y estilos, la que colorea un espíritu tan conservador que resulta conmovedoramente ingenuo. Porque los grandes sonetos hay que leerlos, sin duda, así como hay que ir a las grandes pinacotecas, pero presentarse hoy en día como pintor de cuadros barrocos o románticos, o sonetista de esos tiempos, no es más que una manera coruscante de suspirar.

La otra respuesta podría considerar que un libro así se inscribe en esa moderna “onda retro” que lo ha abarcado todo: objetos útiles de todo tipo, y un mundo de imágenes que desde luego puede dar cabida a las del arte de cualquier otra época. Y además podría aludirse, si se quiere, a esa voluntad de referencias que los críticos muy seriamente denominan “revisitar”.

La segunda respuesta, situado el libro en esa cierta modernidad, no incluiría ya necesariamente burla o desdén. Y menos si la factura es buena, cosa que se le mira mucho al trabajo retro. La calidad de la factura no salva al mero suspirante conservador, pero es imprescin-

dible al orfebre y a la empresa de revisitar.

Sin embargo hay un problemita. El espíritu retro, cuando es consciente, y en la medida en que es creador, tiene una punta (o mucho) de ironía. En realidad, esa ironía le es esencial. Pero en el libro de Javier Aguirre no hay ironía. Al menos yo, pobre de mí, no la veo. Y si no hay ironía, la sombra de la primera respuesta vuelve a encimarse sobre el libro. Es como quien dice: “Ah, ¿entonces va en serio?”.

Lo que yo veo en el libro es sinceridad. Al decir esto puedo estar hundiéndolo, desde luego, pero es lo que veo. Todo el mundo valora la sinceridad, pero esta al ingenuo no le vale. Sólo le vale si la cosa da cierto vuelco, y entonces tenemos al naïve. Pero el naïve, lo mismo el verdadero que el falso, tiene una factura muy naïve... Y en el caso de estos sonetos, ni hablar.

Tampoco se revisita nada aquí. Sí, nos remite al barroco, y al romanticismo, pero no es como si de repente nos asomáramos a una escena barroca o romántica, a modo de ambientación circunstancial, o para resignificar maneras o tópicos reconocibles. No es un trabajo de “cultura”. Y mucho menos un regodeo moroso en voces y visiones queridas, por demás consagradas. No, la voz de estos sonetos tiene cosas propias que decir, y si nos remite al barroco o al romanticismo es por una profunda afinidad, y esa música, esas imágenes, esa vindicación del amor, nacen de modo natural y orgánico para decir lo que necesitan decir. Cabe por tanto repetir aquello de “Quién que es, no es romántico”. Y con el mismo derecho cabe decir: “Quién que es, no es barroco”. Al menos, es lo que diría todo el que vive la pasión bajo un signo de contradicciones y claroscuros, y no puede

evitar que ese signo se imprima en sus palabras.

Quiero nacer hacia la vida nueva,
al corazón que se abre a la ventura,
quiero ser en virtud de tu figura,
quiero quemarme entero mientras nieva;

El poeta sólo dice lo suyo, como todos los poetas:

Nada más triste que la primavera,

Esta llaneza, desde el primer verso del soneto VII, transparenta la veracidad del sentir, y hasta su lógica, quebrando la idea tópica suavemente, sin la violencia que sorprende y cautiva en el barroco. Y con la misma sinceridad cierran sus tercetos:

Los colores se pagan en dolores,
duelen los ojos al mirar el río,
y cada vez más crueles son las flores.

Nada de lo que tengo ahora es mío,
se buscan los latidos desertores,
quizá con el verano venga el frío.

Se piensa en Eliot y se siente el barroco, pero lo que se impone es una voz propia, con motivos muy propios —padecimiento, angustia de cualquier época y lugar—, y los contrastes no nos saben a puro juego de conceptos, no revisitan el barroco ni le piden prestado; el barroco los visita a ellos, se instala en ellos como en su casa. Y esa visita, más que la de su estilo y sus recur-

sos, es la de su espíritu.

Así también, con una oposición o contradicción dizque barroca, se transparenta la pasión en los primeros versos de otro soneto:

Me duele el corazón de ver tan claro
Y tanta luz me vuelve más oscuro,

Ya sabemos que el barroco, respecto al clasicismo, es un desbarajuste romántico. Los sonetos de Javier Aguirre son sin duda románticos, y en el espíritu barroco encuentran su natural intensidad y complejidad. Pero prima en ellos un orden interior, una lógica, una cierta serenidad en la pasión, en la angustia. Se resguardan de acentos estilísticos que reclamen atención por sí mismos y acaso nublen la autenticidad del sentir. El soneto termina así:

Lo último está siendo lo primero,
Y no quiero más luz que ver tu cara
oculta como luna que delira.

Esta es mi muerte y todo lo que quiero
Es que la vida se me desatara
para abrir la verdad de esta mentira.

En el libro también nos encontramos con la rosa. El poeta no la rehúye. Pero no es el símbolo de la caducidad, tan caro al barroco, ni la clásica invitación del *carpe diem*, sino algo más impreciso y abarcador, ligado a una

experiencia o visión de muerte y renacimiento:

Esta ruina es principio de una aurora
imposible o incierta, misteriosa-
mente abriendo la puerta en una fosa
indescriptiblemente seductora.

Un rumor de silencio corrobora
la muerte o sol en la corrida losa
para volver a despertar la rosa
que el corazón ardiente más añora.

Cabe decir también que el poeta no revisita la rosa clásica. Esta es su propia rosa. Un anhelo raigal, intemporal, un reflejo del ser. Esta rosa, interior y exterior a la vez, puede encarnar en el primer amor como en la poesía misma, la belleza misma, que huye del poeta cuando llega este a su rosa, según el decir de Juan Ramón. Una rosa percedera como la del barroco, y permanente como la del sueño:

Dónde te encontraré, rosa primera,
dónde habrás de sangrar, rosa cautiva,
Dónde renacerá tu primavera.

Dónde se entretendrá tu sombra esquiva,
dónde habrá de apagarse tu carrera,
dónde habrás de brillar, oh siempreviva.

El desdén que me imagino yo, ante un libro como este, subiría de tono por esas afinidades con el romanticismo y el barroco. Pero al margen de ellas, bastaría la elección de la forma, el soneto, para suscitar

la consabida etiqueta de conservadurismo —que por sí sola no debería ser necesariamente peyorativa, pero de hecho lo es—. Así lo determina en cierto modo la academia “versolibrista”, que no ha fundado nadie ni ostenta una directiva pero ya peina canas. Y precisamente por las canas que peina, ha llegado a calar en las mentes, al punto de que las más desavisadas han dado en creer que por fortuna esas formas estróficas y métricas “ya pasaron de moda”; a sus ojos, tales formas resultaron ser, al cabo de los siglos, enojosas camisas de fuerza. Esa libertad que con ingenua ligereza celebran en el verso libre —de cuyas exigencias para el oído no se dan cuenta— ha representado para muchos, por contraste con aquellas “cadenas”, una conquista de la modernidad, un progreso rotundo como los que se ven en las ciencias. Y de hecho, en su reinado el verso libre, que tan grandes poetas ha tenido, trajo aparejada también una decadencia del oído, y una pérdida del sentido del canto en la poesía. (Algo análogo a la pérdida de la mano para el dibujo, a partir de la ausencia de figuración en la pintura). La poesía, como carmen, prácticamente desapareció.

Entre todas las “vueltas atrás” de un espíritu conservador en poesía, la más notoria sería quizá, precisamente, la que reivindica el soneto, por su aura y prestigio de medallón clásico y cantabile. Un aura y un prestigio que el soneto conquistó muy pronto en castellano, desde que comenzó a escribirse “al itálico modo”.

Quiero terminar, si se me permite, haciendo lo que hace todo el mundo: ver en los versos lo que quiero ver, lo que se me antoja. Y se me antoja, a tenor de lo que he venido diciendo, que el soneto XI de Javier Aguirre podría representar una cierta declaración del poeta: este asume su elección, y declara la autenticidad y libertad

de su palabra, que desconoce toda academia restrictiva,
toda alambrada.

Y más allá de cuanto el sol propone
la verdad reivindica su oleaje;
no quiero hablar, no quiero ya otro traje
más que el que tu atrevida voz me pone;

no hay sombra que en tu rostro no emocione,
no hay para el mar ajeno maridaje,
no hay detenida luz, y no hay lenguaje
que en tempestuosa calma desentone:

son las olas del tiempo emocionadas
que rompen suavemente al aire puro,
limpia revolución de las miradas,

son la voz primeriza que en lo oscuro
traza la forma que las alambradas
arrumbará, cargada de futuro.

Se trata, como siempre en la auténtica poesía,
de la verdad: la verdad ante todo, expresada aquí en ese
lenguaje que discurre “en tempestuosa calma” —precisión
significativa, no mero juego de conceptos—. Con
esa libertad y sinceridad, el poeta busca y encuentra su
propia rosa siempreviva.

Aramís Quintero.
Septiembre de 2019.



1

Cuando mi corazón aún tiene ganas
de vivir en el sol y en la penumbra,
cuando nada lo exalta ni lo encumbra
sino la luz que me cubrió de canas,

cuando siguen naciendo las mañanas
y aún en mi sangre su tesoro alumbra
aquella puerta ciega que vislumbra
las nubes más tardías y tempranas,

cuando termina el tiempo y no termina,
porque una brisa blanca los manteles
levanta en el calor de la cocina:

miro de pronto un plato de verdes,
y la cocina triste que cocina
y el mar lleno de lirios y de eles.

2

Mar, pensaba que siempre habría de entenderte.
Tierra, pensé que siempre te sentiría viva.
Pero siento que el vuelo de las olas me esquivo
y que en la tierra habita seca y parda la muerte.

No siento más. Acaso me sienta menos fuerte,
acaso sea un sauce mi alma pensativa,
acaso ya no vuelva el mar en el que iba
para desenterrarme de este fluir inerte.

Y es que en nada soy firme, mi sangre no se mueve,
no logro que resurja la tierra que no alea,
que aunque yo quiero alzarme mi sangre no se atreve.

Y pues la sangre guía, y mi sangre titubea,
yo también titubeo, y sé que si no llueve
continuará temblando en mis venas la marea.

3

Yo sé de tu palabra traicionera,
de la rima que tu palabra horada.
Yo sé la hora morada y lastimera
que abre la piel de la palabra dada.

Yo sé de la mentira verdadera,
tan verdaderamente enamorada,
que vive porque vive en su quimera
la realidad, tan triste o trastornada.

De las palabras quieres hacer fuego,
y sombras te proyectan su refugio
vano, y el frío cómo cala luego.

Cómo prender el sol sin subterfugio
alguno, piensas, miras a las brasas,
sales a la intemperie, y ahora pasas.

En qué momento habré arraigado ya
y allí será una sombra y lejanía,
y prefiera tu invierno y vida mía
a un verano que apenas me será.

Ahora esta lluvia, ahora este frío está
preparando en secreto la osadía
de la hoja nueva, el brote y nuevo día,
y allí se agosta lo que aquí vendrá.

Sal de la rueda y perderás la vía,
y olvidarás que necesita sombra
también la blanca, la inocente nube.

Hinca tus pies en tierra, y tu porfía
te dará ramas: ya la luz te nombra,
sigue arraigando, pájaro que sube.

5

En la tierra del cuervo y la gaviota
mi frío mar no es sólo la bandeja
que argenta en mi interior la luna vieja
que destartala su tibieza rota.

Es un mar que en silencio no se agota,
donde la oscura calma que se aleja
me envía una invisible onda perpleja
con la que el verde vivo me derrota.

Siembro mis cuervos negros de la ausencia,
aunque en verdad no sé ni lo que siento,
pues turbia es para mí la transparencia.

Los siembro en otra tierra, en otro viento,
y se tragan voraces la inocencia.
Graznan y añoran alba y hundimiento.

6

MAR LENE

De a poco va subiendo la marea,
y en la respiración el agua limpia
navega, es el sol nuevo, calla en tanto
crece el ritmo lentísimo del ciclo.

La corriente llena los cauces
sordos, siente los hilos desatados,
blancos, sube la escala
dulce, ventana abierta la ciudad.

Para beber el agua solsticial
hay que remar desnudos, sólo avanza
la intensa sombra de la noche en vilo.

No se conocen las estrellas.
Allá quedan los ciegos astros.
No hay nada más que el suelo profundo.

Aquí quisiera estar, y sin embargo
no estoy aquí. Cómo alcanzar el pie
muerto, lejano, turbio. Yo no sé.
El tiempo es corto y el amor es largo.

Cómo empezar, derribar el letargo
de lo que sí, de lo que no se ve,
llueve en el pasadizo de la fe,
el tiempo es otro y el amor amargo.

Quiero volver allí donde solía,
la fuente, aquella fuente. Yo no sé
por qué la luz me sabe a lejanía.

No sé de dónde, adónde, cuándo, qué
me queda en estas manos, qué porfía
me abrirá la esperanza. Yo no sé.

8

Y más allá de cuanto el sol propone
la verdad reivindica su oleaje;
no quiero hablar, no quiero ya otro traje
más que el que tu atrevida voz me pone;

no hay sombra que en tu rostro no emocione,
no hay para el mar ajeno maridaje,
no hay detenida luz, y no hay lenguaje
que en tempestuosa calma desentone:

son las olas del tiempo emocionadas
que rompen suavemente al aire puro,
limpia revolución de las miradas,
son la voz primeriza que en lo oscuro

traza la forma que las alambradas
arrumbará, cargada de futuro.

9

Invierno, anúnciame la primavera;
mi viejo corazón recién nacido
tiende, de la raíz de lo vivido,
tímidas ramas a lo que le espera.

Qué sabes de la savia verdadera,
árbol mío, qué sabes, qué sentido
viento viene a vibrar, álamo herido,
hasta sacar mi soledad afuera.

Afírmate, raíz; pájaro, alcanza
la nube que alancea el sol poniente
que allá, hacia el otro lado, es brillo nuevo.

Así trabaja, alienta la esperanza;
avanza, corazón, o no: contente,
que no es aún la hora del renuevo.

"Es ahora la hora"

J.A.Valente

Mañana empieza hoy, ahora es la hora
de andar como si fuera ya el futuro,
de empezar a empezar, sin más seguro
que la inestable tabla del ahora.

No puede ser la sombra vencedora
del porvenir que viene en aire puro,
no ha de morir el alba contra un muro
de indiferente carne abrumadora.

Hoy hace sol, buen tiempo, la mañana
ilumina la esquina más oscura
del corazón.

Será que está empezando
el día, que la música cercana
nos baña, tan presente, de esta dura
luz que nos hace, vamos, libres, cuando...

Aquí hemos visto que la luz nacía.
Aquí la sombra se comió mi mano.
Aquí el invierno sácheme a verano,
y aquí la noche suena como el día.

Aquí la lluvia nunca parecía.
Aquí, tal sometido soberano,
se va este sol que se creyó temprano
y aprendo a pronunciar la fuente fría.

Aquí supimos que la luz avanza.
Aquí sonaron estos mismos pasos
como cuando comienza la esperanza.

Aquí se alumbran sólo los ocasos.
Aquí la luz no destrozó su lanza.
Aquí vacía el corazón sus vasos.

12

El aire viene y va, sin ver acaso
las olas de la luz, la primavera.
Por qué hemos de pasar sin ver siquiera
la verdadera luz de un cielo raso.

El aire va vibrando paso a paso.
Nos azuza, nos vicia, nos quisiera
dar la luz –otra vez–, de otra manera
que no sea el acoso del ocaso.

Pero no vemos nunca el aire. Vamos
sin ver, hollando lunas ciegas. Olas,
venid, cantad de nuevo amor. Cantamos.

Y allá se van las olas y alas solas,
la luz fulgiendo henchida cuando amamos,
cuando mueren de amor las amapolas.

13

Si primavera ya tu sangre mueve,
si son sus olas ya tus amapolas,
si suena el corazón en las corolas
y llueve, llueve, llueve, llueve, llueve;

si ya el beso del sol fundió la nieve,
si de muertos adioses se abren holas,
si hablan siempre del mar las caracolas
y la yerba saluda el viento leve,

no apagues esa luz que te enamora,
no ciegues las ventanas de la vida,
no temas a la llama que te llama,

porque el único tiempo es el ahora,
porque el amor es la única salida,
porque aún arde la tarde mientras ama.

Esa ventana abierta es peligrosa,
entra un viento mortal y no lo quiero,
no quiero abrir el viento en que me muero,
no quiero las espinas de la rosa.

Ese viento con su fragancia rosa
no sé si es engañoso o verdadero,
si quiere que me muera lisonjero,
si no quiere más cosa que otra cosa.

Ciérrame la ventana, compañero,
que ese viento me amarra, mariposa
que al abismo me llevará primero.

Ese viento de amor no se reposa.
Ese viento que viene, en su venero,
con veneno de sangre deliciosa.

Quiero nacer hacia la vida nueva,
al corazón que se abre a la ventura,
quiero ser en virtud de tu figura,
quiero quemarme entero mientras nieva;

ver tu mirar donde mi voz se abreve,
tu llama amar donde el no ser se cura
tu tierra arar, porque es la derecha,
la vía que al amor del cielo lleva.

Quiero comer tu corazón ardiendo,
caminar en la lluvia deseada,
no quiero dejar nada que no entregue

para que no nos vaya así perdiendo:
la viva luz comparta la mirada,
que no quede una sombra que nos niegue.

INETUK

Eras manzana de la primavera.
Lozana, jovencísima, luciente.
Eras el oro del fugaz presente,
Brillo del sol en su emoción primera.

Viniste con tal vida a la carrera,
agua recién nacida de la fuente,
tan decidida como sonriente,
que me costó creerte verdadera.

Eras la fruta del amor prohibido,
el corazón del cálido verano,
la promesa de un lago sin olvido.

Eras oscuramente pensativa.
Eras, al fin, al borde de mi mano,
mi más atenta estrella fugitiva.

Nada más triste que la primavera,
su verde corazón que suena y sigue,
la peligrosa luz que me persigue,
su silenciosa savia verdadera.

Está naciendo el día aunque no quiera,
y ya no tengo abrigo que me abrigue,
y su crujido en mi salud consigue
débiles brotes para que me muera.

Los colores se pagan en dolores,
duelen los ojos al mirar el río,
y cada vez más crueles son las flores.

Nada de lo que tengo ahora es mío,
se buscan los latidos desertores,
quizá con el verano venga el frío.

Sálvame de la sombra abrasadora,
déjame ver el sol de la palabra
con que mi corazón sus puertas abra,
y acuda el mundo al alba destructora

de la noche total. Oh, redentora
luz que las falsedades descalabra,
y como arado que la tierra labra
mueve mi muerte en que mi vida mora.

Desconocida luz, deshabitada
luz, dame voz para vivir tu vida,
alma para encontrarte a la salida,
valor para beberte en la mirada.

No vaya a ser la sombra prisionera
protagonista de la primavera.

Continuadora de la luz del día,
contigo empieza a andar el tiempo nuevo,
de nuevo al aire libre el azul bebo,
y se mueve la piedra que insistía

en detener el río, ya no es mía
la sombra, y con el mundo ya me nuevo,
y en el laurel mi habitación renuevo
como quien vuelve adonde más quería;

La primavera avanza hacia el verano,
y la savia a la luz sigue subiendo
como en el fruto dulce que madura.

Las palabras abracen de tu mano
la voz en que mi oscura sed enciendo,
sol que abrasa mi lengua y que perdura.

Mi corazón no tiene desperdicio:
unas veces se afana, otras se enoja;
busca el hálito azul de cada hoja,
busca en cada palabra un precipicio;

mi corazón busca el menor indicio
para recuperar su sangre roja,
por que cada palabra que le escoja
le lleve hacia la luz de un nuevo inicio;

mi corazón está fuera de quicio,
son un árbol de sangre mis pulmones,
otro país su despertar aloja;

mi corazón, la sombra que acaricio,
tiene múltiples ramificaciones,
sólo con otra sangre se sonroja.

Me has dejado un regusto tan amargo
que aún presiento el sabor que me destinas;
Hay una eternidad en cada esquina,
cada segundo puede ser muy largo.

Prolonguemos la luz, yo me hago cargo
de la ventana abierta tan vecina,
y de la soledad de la cocina
que cocina en silencio, sin embargo.

Hay un acordeón de luz y luto
y una gotera interminablemente,
y un pensamiento que la lluvia dice.

Yo sé de lo infinito diminuto
que habla al oído silenciosamente,
para que el corazón se paralice.

Hay demasiada luz. Yo no sé cómo
cantar con tanta luz que tengo encima;
hay tanta rubiedad en esta cima
en que de porfiado me deslomo;

de tanta luz me estoy volviendo aroma,
se llena de pupilas cada rima,
la misma sombra del reloj me anima,
y asumo tanta luz que ya ni como.

No puedo caminar. Y me detengo.
Se ha vuelto noche ya de amor la lumbre,
y en un íntimo vuelo me entretengo.

Todo en mí, hasta la misma sangre, es cumbre.
No sé quién soy, no sé de dónde vengo.
Ya no hay nada ni nadie que me alumbre.

Es silenciosa esta verdad. Se calla,
y sin embargo sabe lo que dice,
abre las puertas a la lejanía
desde esta soledad. Es mi batalla.

Es incesante esta verdad. No halla
reposo en su transcurso sucesivo,
y deshace su voz en los vaivenes
del mar que nunca falla.

Está cortada esta verdad. Esta ya
yéndose como sol desventurado
a enterrarse fugaz como canalla

turbio. No cruces esa raya.
Mira que tu cadáver la marea
lo rendirá en la playa.

Si el sol se nubla, qué será mi vida.
Habré de anochecer sin tu mirada.
Mi mirada se acuesta enamorada
pálidamente, busca una salida.

Qué será de la senda detenida.
Qué será de la mar ciega y callada.
Qué habrá de ser mi voz, palabra errada,
sombra distante, luz desatendida.

Necesito tu luz para nacer.
Necesito tu voz para vivir.
Necesito tu vida para ser.

Sólo contigo empezaré a existir.
Sólo contigo vuelve a amanecer.
Sólo contigo viene el porvenir.

Por qué de pronto el corazón se apaga.
Por qué de pronto el corazón no existe.
Por qué de pronto la alegría es triste,
y el sol tan ardido es una sombra vaga.

Por qué no hay nada que no se deshaga,
por más que el corazón avanza, insiste;
por qué nuestra mayor tragedia es chiste,
por qué es sorda la luz que ayer fue maga.

Y sin embargo, la mañana dice
de entre las sombras su palabra nueva,
hay electricidad en las raíces.

Dame tu boca, amor, para que beba
las aguas que olvidaba, que bendices
y en que la vida llueva, llueva, llueva.

Querida, estará bien lo que decidas,
por mí no te preocupes —es en serio:
estas flores no son de cementerio,
son floraciones bien entretenidas.

Cuando se salta sin paracaídas
unas veces se vuela, qué misterio,
y otras veces se suelta un improprio
mientras se bajan las desprevenidas

escaleras; a veces se aterriza
con los dientes al borde del bordillo
y se nos queda cara de membrillo;
y otras veces nos da la tonta risa,

qué risa, por favor, esto es un chiste:
vive la vida: es a lo que viniste.

Un cuervo negro ronda a todas horas
sobre la calavera de mi frente,
¡muerte alada de negro refulgente,
cuervo que traga venas, verdes moras!

¡Negro cuervo que nunca te demoras,
que con las fauces de tu pico hiriente
hasta mi absurda boca sonriente
desgarras, me arrebatas y devoras!

¿Dónde estás, asesino, entre mi bruma?
Siento tu taladrar desmesurado,
mas no veo tu tez de negra pluma.

Donde estés, sufrimiento, dibujado,
vuela y no vuelvas más hacia mi lado.
¡Mas si yo soy el cuervo que me abruma!

Yo, que tuve en la piedra residencia,
que fui piedra apagada en medio el río,
yo que en el aire un muro hallé vacío,
retorno a la verdad de la inocencia;

Yo, que retuve todo en mi conciencia,
que apagué el mar, el aire y el sol mío,
yo que fui tanto tiempo un desvarío
vuelvo a ocupar ahora mi existencia;

y no es por nada que la vida vuelve:
es por verte vivir junto a mi vida
que mi sombra por fin el aire absuelve;

no sé si estoy saliendo a una salida,
no sé si aquí mi herida se resuelve,
sólo sé que la luz no fue vencida.

EXILIO

Como mi tierra denso fui, violento
como el centro que nubla con lo umbrío,
y húmeda y viva como el llanto mío
es mi hierba lejana, aquel tormento.

Dolorido emigré, y hasta el momento
más vivo en el exilio, ocre de frío.
Soy exilio, monótono y baldío,
sueño con empaparme en lluvia y viento.

Tuve en mis ojos disparada guerra
de balazos hundiéndose en mi tierra,
involuntario girasol herido

por munición que atravesaba el centro,
tostado ardor de puntas hacia adentro,
fui eterno, y ahora soy lo que no he sido.

Causa cansancio el ademán cansado
que tiene mi alma cuando el aire pesa,
que me cansa esta mano, y esta mesa,
y esta voz, y este grito tan cansado.

Causa cansancio no beber el lado
del otro lado de la letra impresa,
causa cansancio el alma que está presa
tras la camisa, el corazón helado.

Causa cansancio el río sin el puerto,
el enterrado amor causa cansancio,
y me cansa ser tierra y no ser huerto.

Causa cansancio, sí, causa cansancio
la vida, cuando pesa como un muerto,
sí, como un cuerpo muerto de cansancio.

Cuando mi nexa con el mundo
lo rompe la desconfianza,
cuando la vida ya no avanza
y pesa el mar mediatibundo,

cuando la sombra en lo profundo
muerte, cercena la esperanza,
y en una orilla triste alcanza
la muerte el día en que me fundo;

cuando los pasos se deshacen,
cuando se pierde la mirada,
cuando las horas ya no nacen,

en esta luz deshabitada,
donde no hay ojos que remplacen
la sangre a la carne apagada.

*"por qué te olvidas, y por qué te alejas
del instante que hiere con su lanza."*

José Hierro.

Por qué vuelves la espalda a la alegría.
Por qué cierras los ojos al instante.
Por qué ciego, sin vida, siempre errante
vas por la noche cuando ya es el día.

Lucha de luz es lo que te decía
y es lo que tú cantabas, anhelante,
cuando aún caminabas adelante,
y una sombra pequeña te seguía.

Por qué te empeñas en cerrar la vida.
Por qué dejas que la costumbre pueda
contigo y con tu sangre ahora dormida.

Por qué te pierdes, ruedas con la rueda
sin ver y sin salir por la salida
que por tus ojos por amor te queda...

Decir que ya ni el viento de su mano
vendrá, ni el sol de su mirada oscura,
que su llama es la llama ya más pura,
pero lejos del cauce del verano.

Llegar hasta la orilla del lejano
mundo, abriendo los ojos en la dura
corteza, y no saber de la tersura
del aire, y no ver nada, y ser en vano.

Querer llegar, pensar que llegaremos
algún día, dormir, quererlo todo
llegado ya, sentir que ya no vemos.

Negar el árbol que de cualquier modo
quiere brotar, negarlo con la vida.
Y hacer del sueño la mayor huída.

No quiero que termine esta agonía;
quiero que sople el viento en la ventana,
que vaya a haber, no vaya a haber mañana
-el oleaje de la mar porfía-;

no ceje nunca el pulso de este día
fosco, su sol nocturno en la mañana,
esta noche nubosa tan temprana,
este viento que alienta todavía;

y cómo aprieta pálido los dientes
el mar, cómo arrebatara sus espumas,
cómo se afana en todas sus corrientes;

febriles, fríos, fieros son sus pumas
locos abalanzándose, ¿los sientes?
a ti te canta su rugir de brumas.

Ha quedado la luz hecha pedazos,
la sombra se ha quedado pensativa;
la brisa, que era brisa intempestiva,
se ha quedado callada en nuestros brazos.

Vamos buscando nubes y regazos
aún sin saber si el ánima está viva,
y siempre está la luz, la luz esquiva,
evitando fijarse en nuestros trazos.

No nos quedan palabras verdaderas,
andamos promoviendo inquisiciones
como sube la sombra enredaderas.

No nos movemos ya de estas prisiones.
Las esperanzas van, perecederas,
trazando cruces en sus posiciones.

Qué vana sombra ya que se diluye
me trae pensar en ti, ya en otra playa:
cruzaste acaso esa borrosa raya
que al final traza el tiempo cuando huye.

No volverás a ser el sol que bulle
sin pensar en ser algo que se vaya,
y es una llama tímida que ensaya
perdurar en la noche que la engulle.

Tu recuerdo es lejano, y no levanta
ni una pequeña llama en la memoria,
se ha consumido ya toda la hoguera.

Tu palabra se pierde, ya no canta
tu música, ha llegado al fin tu historia,
sombra apenas es ya de lo que era.

Desesperadamente voy buscando
ese principio al corazón del día,
o la resurrección de la porfía,
lo que en la piedra sobrevive blando.

Verso a verso se van desesperando,
en la palabra que se oscurecía,
la soledad de aquí y la lejanía
con su por qué, su dónde, con su cuándo.

Baja, raíz, hasta encontrar el verbo,
hoja, sube a la punta de la dicha,
mientras en busca de agua y luz me enervo.

Leve luz en las hojas te encapricha.
Desde el bosque callado mira un ciervo,
y en la palabra que no ha sido dicha.

Esta ruina es principio de una aurora
imposible o incierta, misteriosa-
mente abriendo la puerta en una fosa
indescriptiblemente seductora.

Un rumor de silencio corrobora
la muerte o sol en la corrida losa
para volver a despertar la rosa
que el corazón ardiente más añora.

Dónde te encontraré, rosa primera,
dónde habrás de sangrar, rosa cautiva,
dónde renacerá tu primavera.

Dónde se entretendrá tu sombra esquiva,
dónde habrá de apagarse tu carrera,
dónde habrás de brillar, oh siempreviva.

Tal vez debí vivirte sólo en sueños
hasta que al fin quisieras abrazarme;
tal vez la savia me llevara a alzarme
sobre nuestros océanos pequeños;

como nubes, así viajar, sedenios,
y darte sólo cuanto quieras darme,
si quieres sombra, sombra, y olvidarme
—o despejar de sombra nuestros ceños;

y si viajar quisieras en mi nave
—rumbo a qué sol, qué mares y qué estrellas—
sería nuestro océano süave,

y si no, con las luminarias bellas
aprendiéramos el brillar del ave
y aplacáramos todas las querellas.

Me duele el corazón de ver tan claro
y tanta luz me vuelve más oscuro,
y va mi pensamiento mal seguro
buscando por las piedras el amparo.

En esta piedra a mi pesar me paro,
y bebo la verdad del dolor puro,
solo en esta verdad perjuro y juro,
por todo y nada en este mal reparo.

Lo último está siendo lo primero,
y no quiero más luz que ver tu cara
oculta como luna que delira.

Esta es mi muerte y todo lo que quiero
es que la vida se me desatara
para abrir la verdad de esta mentira.

Mi corazón a veces se entretiene
con altas luces y con sombras altas
y navegan sus sobras y sus faltas
en el claror que de mañana viene.

Mi corazón ya sabe que no tiene
sino todas las líneas que te saltas
y más te tiene cuanto más le faltas
y nada lo previene ni detiene.

Mi corazón es una enredadera
que va subiendo el muro que le impones
para llegar con vida al otro lado.

Y va en cada palabra verdadera
horadando el silencio con los dones
que tú misma le habrás edificado.

Si el corazón toda su lluvia mueve,
¿superará la muerte que le encierra?
¿podrá brotar la vida de la tierra?
Ya el sol con toda su esperanza llueve.

¿Se llevará mi corazón la nieve
o el miedo vencerá que todo cierra?,
¿descansará jamás la santa guerra
que agrava al corazón de sangre leve?

La sangre se conmueve amaneciente,
llena mi pecho el canto de la aurora
con su rojo manar de viva fuente.

Todo lo llevará la destructora
luz, arrasando el barro de mi frente,
con su voz que radiante me enamora.

Siempre hay algún poema que no encaja
siempre hay algún calmante en la mesilla
no sé si este sonido es tuyo o mío
no sé quién soy acaso nunca fui

este conjunto está desbaratado
voy accediendo a un ámbito impreciso
no sé si estoy aquí o estoy allí
siempre hay alguna pieza desnortada

puede que seas tú lo que no digo
tal vez nunca empezamos a salir
hay acaso una rima que no encuentro

no creo que esto deba ser así
para qué andar buscando en las palabras
una salida una verdad un fin

A JOSÉ BLANCO

Ya veo, José, amigo, que estás bien
dispuesto a caminar. De eso se trata.
El que se queda quieto es quien se mata,
hay que vivir el mínimo vaivén.

Yo, por mi parte, creo que también
me muevo, vale más meter la pata
que quedarse a mirar cómo nos ata
la sogá al cuello algún otro desdén.

Seguir el río de la tinta es bueno,
desembocar es siempre la tarea,
hasta el dolor se vuelve más ameno.

Y después, el sabor de la marea,
y las olas vitales de lo ajeno,
y seguir como siempre en la pelea.

El mar, a veces, se encabrita y salta
sobre la luz de los acantilados,
y hiere con sus dientes afilados
el corazón de la roca más alta,

el mar entonces sabe qué le falta,
y lanza otra vez más su par de dados
que le muestran insomnes y asombrados
esa fatalidad que así le exalta,

y sigue, oscuro, empecinadamente,
en la noche sin fin rugiendo loco
en su tormenta, en su tormento grave,

hasta que asoma el sol serenamente
y apacigua sus olas poco a poco,
y llega hasta tus pies su espuma suave.

Cuántas veces te has ido, y tantas vuelves
al corazón por siempre apedreado,
a su marea, a su mirar cansado
por el morir del tiempo que disuelves,

en las olas que vuelves y revuelves
viene el vivir, y llega hasta tu lado,
a tus plantas la espuma del pasado,
y al fin, amor, la eternidad resuelves;

no he dejado de verte ni un minuto
caminando por esta inmensa playa,
juntando lo infinito y diminuto;

este grano de arena, aquella raya
curva que abraza el día de mi muerte,
para, al fin, frente al mar, volver a verte.

Mira, escucha el mar, mar subconsciente:
mira cómo constante, apasionado,
lame la áspera arena, y se ha cortado
con verdes rocas, mar concupiscente.

Comprueba cómo grita, frío, ardiente,
mira la cala que hay al otro lado:
mar turbio, sin bañarla la ha manchado:
es un mar que desea, mas no siente.

¿Ves ese mar eterno? Ya no existe.
Mira ahora mar adentro, el mar es mar,
del verde esclavo ya se ha desprendido.

No mires a la costa: lo que viste
tan sólo es un recuerdo del penar.
Y mira, el sol sin fuego ya se ha ido.

Por si el encierro no fuera bastante,
nos hemos confinado en las paredes
del soneto, nos sujetan las redes
y el mar es un balido trashumante.

El corazón es lodo equidistante
mientras tu ciega obstinación no cedes,
mientras te engolfas todo cuanto puedes
en la prisión de rima consonante.

Recorres una y otra vez la jaula
virtual, y tus pisadas son un cero
que gira y gira sin llegar a nada.

Lunas los rostros sin salir del aula
mientras afuera canta el aguacero
la canción de la sangre confinada.

Eres la luz que alumbra floreciente
mi corazón que canta con la aurora;
eres el sol que nunca se demora,
la claridad del agua de la fuente.

Inicias tu pasaje por mi frente
desde la noche en que el silencio mora;
no duermes, incesante roedora,
siempre conmigo cuando estás ausente.

Amaneces el sol de la palabra,
soplo en la niebla, faro de la luna,
y la lluvia en la luz que dulce brilla.

El horizonte ante la luz se abra,
las hojas se enternezcan una a una
y el aire mueva su canción sencilla.

Hoy canto sin saber lo que me digo,
por eso estoy contento con mi canto:
por eso siento el esperado encanto
nacer en esta música contigo,

en esta suerte del azul mendigo,
del pordiosero que es acaso santo,
ha venido a lucir el sol ya tanto
que ya sin aire respirar consigo,

ya mi contento no tiene medida,
con la mínima cosa me contento,
no sé si habré encontrado la salida

o el cauce amargo de mi nacimiento,
sólo sé dulcemente que esta herida
en todos los desórdenes la siento.

No sé decir qué sueño me ha ganado;
abro los ojos a la luz del día,
y aún quiero más; acaso la fe mía
despertó. Acaso estoy resucitado.

Este sueño ya se ha señoreado
de mí, pero no duermo. Mas querría
ver en mi sien surtir la algarabía
de trinos que me habita. Ya el pasado

se fue, quiero beber el sol de frente,
y ceder ante el juego de su fuego,
las nubes que me nublan son presente,

no sé decir a qué esperanza llego,
y qué razón me anima así, insistente,
al ver despierto mi corazón ciego.

Los ojos de mi amada nada tienen
del sol, ni del coral su boca el rojo;
la nieve es blanca: oscuros son sus pechos,
y el metal de su pelo es hierro negro.

Rosas vi damasquinas, rojas, blancas,
pero ninguna así vi en sus mejillas,
y hay perfumes que son más agradables
que el aliento que de mi amada exhala.

Me encanta oírla hablar, pero bien sé
que es más dulce el sonido de la música;
confieso que en mi vida vi una diosa:
mi amada, al caminar, pisa la tierra.

Y aún así, cielos, hallo que mi amor
es único, real, incomparable.

Tiene mi corazón una corona
de espinas en que sangran sus latidos,
que suenan como látigos sentidos
en las arterias que el amor corona.

La sangre se resiente y emociona
a cada paso dado en los sentidos,
y no hay tormentos que no sean vividos
en esta soledad que el aire encona.

Muestra mi luz una caricia al verme
que no puedo evitar sentir ahora:
ya no está a salvo el corazón inerme,

muriendo a la intemperie tentadora,
desnudo frente al sol que amanecerme
amenaza en los lindes de la hora.

Esta canción que aquí comienza y muere.
Esta prisión con alas de esperanza.
Esta vida inicial que no se alcanza,
que todo desestima y todo quiere.

Esta espuma que navegar requiere
pero que apenas en la orilla avanza.
Esta luna que al agua no se lanza,
que proyectarse en ilusión prefiere.

Esa nítida luz que arde en tu boca,
esa palabra que alimenta el fuego,
ese ronco animal que no te toca.

Aquel dolor encadenado, y luego,
aquella lumbre que se vuelve loca,
aquella claridad a la que llego.

Naciste en medio del abril lluvioso;
naciste en ella y en la lluvia vives,
y en el agua de lluvia que recibes
ya todo es esplendor maravilloso;

llueves un ancho río proceloso
con el barro radiante con que escribes,
y si una flor en el pasado inhibes
serás mañana amanecer gozoso;

la lluvia llama ardiente en la ventana,
llena de lumbre mi mirada oscura,
mis ojos y mi voz, mi boca muda;

la lluvia sube y en tu mano suda,
y salta el corazón de rana en rana,
y ardiente lava ignota gota pura.



El trabajo de edición de este libro estuvo a cargo de Ediciones Nagauros. Oficia como editor Carlos Lloró Sosa. El diseño de portada y diagramación de interiores estuvo a cargo de Victor Hugo Pino Díaz, la tipografía usada es Adobe Garamond Pro. Para la portada se usó la tipografía Jauría del tipógrafo chileno Pablo Marchant. El papel de interiores es bond ahuesado de 80 grs y para la portada couché opaco polilaminado de 270 grs. Se imprimieron, en Santiago de Chile, 300 copias en la primavera de 2021.

Wall-
pamu
Chile







